

### SANTUARIO Y LA SOLIDARIDAD CON LOS PUEBLOS CRUCIFICADOS

Jon Sobrino



En esta celebración del movimiento de santuario mi primera palabra quiere ser una palabra de reconocimiento y gratitud a ustedes por su dedicación, creatividad y compromiso con los refugiados centroamericanos. Ustedes han aliviado sus sufrimientos y han dado a conocer la tragedia de esos pueblos. Sin ustedes sus sufrimientos serían aún mayores y su tragedia sería todavía más ignorada. Gracias, pues, que les transmito, con modestia, en nombre de muchísimos centroamericanos que han recibido y esperan seguir recibiendo mucho de ustedes.

Quisiera decirles también una palabra de ánimo para que el movimiento de santuario siga creciendo y se mantenga en medio de las pruebas a las que está sometido: sospechas, difamación y persecución. Esta palabra de ánimo creo yo que está bien fundamentada porque el movimiento ha nacido y crecido de las bases, del encuentro con el dolor concreto de hombres y mujeres que han tenido que abandonar sus tierras para huir de la muerte o para poder sobrevivir. Y todo lo que nace de abajo, del encuentro con los pobres de este mundo, produce su propia esperanza y tiene garantía de crecer y multiplicarse.

#### La santidad del santuario

Después de estas sinceras palabras de agradecimiento y de ánimo quisiera hacer una breve reflexión teológica

sobre lo que, en mi opinión, es el significado último del santuario. En estos días ustedes analizarán muchos aspectos de su movimiento, su finalidad y objetivos, sus problemas, incluso quizás algunos cambios necesarios. Pero nada de esto debe ocultar lo que ya expresa y lo que está en juego en el movimiento de santuario. A mi entender, y visto desde nuestra común fe en Dios, el movimiento de santuario expresa una nueva forma de relacionarse pueblos y comunidades, de Norte y Centroamérica, que se han encontrado juntos en un gran sufrimiento y han decidido hacerse corresponsables unos de otros. De esta forma están poniendo un signo, pequeño pero sumamente importante, de la constitución de un único pueblo de Dios que quiere configurar nuestra historia de acuerdo al ideal del reino de Dios.

Esto significa que el movimiento de santuario que comenzó como movimiento de ayuda, se ha ido transformando paulatinamente en un movimiento de solidaridad. Ustedes comenzaron abriendo sus brazos a refugiados que llegaban a este país atemorizados, empobrecidos e indefensos y les ayudaron como el buen samaritano. Pero en el proceso, pronto captaron que no sólo ustedes ayudaban, sino que eran ayudados. Al dar, recibían; al cargar con los sufrimientos y problemas de los refugiados, ellos cargaban con ustedes. Se ha ido así generando un movimiento de solidaridad de modo que los refugiados son ahora para ustedes destinatarios de una urgente ayuda pero también portadores de una buena noticia para ustedes.

Esto me parece un hecho cierto, suficientemente masivo y sobre todo muy significativo. Por ello hay que preguntarse por qué ha ocurrido, pues no siempre -la verdad es que casi nunca- los movimientos de ayuda se convierten en solidaridad. Con bastante frecuencia existen campañas para aliviar tal o cual necesidad, sin que esto implique una responsabilidad y compromiso duraderos ni, sobre todo, corresponsabilidad. ¿Por qué, pues, el movimiento de santuario está generando solidaridad? ¿Por qué al ayudar son ustedes ayudados? ¿Por qué la ayuda se convierte en compromiso duradero? ¿Por qué lo que es dificultoso y

arriesgado se convierte -como se dice del evangelio- en una carga pesada y ligera a la vez, de modo que cuando ustedes más llevan sobre sus espaldas el peso del santuario ese mismo movimiento carga con ustedes?

Más adelante analizaremos en concreto en qué consiste esa solidaridad, pero es muy importante hacerse consciente de lo que la ha originado, pues desde esa raíz seguirá creciendo la solidaridad y de su savia vivirá el movimiento del santuario. De antemano puede decirse que algo muy importante ha tenido que ocurrir para que se origine la solidaridad, algo que ha tenido la capacidad de generar conversión profunda en nuestra visión del mundo y en nuestra actitud hacia el mundo.

Lo que ha ocurrido, dicho en terminología religiosa es que ha aparecido "lo santo" en nuestra historia. Con ello quiero decir, parafraseando con libertad una conocida definición, que ha aparecido en la historia lo que es aterrador -y nos hace temblar- y lo que es fascinante -y nos atrae incondicionalmente. Eso Santo que ha aparecido en la historia es la vida amenazada de los pobres.

En cuanto amenazada, negada y aniquilada muchas veces, esa vida es lo que nos hace temblar por su propia realidad trágica y cruel y por ser en sí misma pregunta aterradora a nosotros por nuestra responsabilidad hacia ella. Pero esa misma vida, aunque amenazada, es lo fascinante. No creo que haya en este mundo nada más fascinante que el deseo de vivir de los pobres, su esperanza en medio de la muerte, su orgullo cuando dan pasos en la dirección de la liberación para la vida, su gozo en la celebración comunitaria de la vida.

A esa vida amenazada de los pobres, aterradora y fascinante, la llamamos santa porque aparece como algo último para nosotros a modo de interpelación absoluta y como algo salvífico a modo de invitación. La vida de los pobres es una exigencia última e inmanipulable que no puede ser acallada por nada, ni por los costos que ocasiona su defensa, ni por ideologías o incluso tradiciones religiosas que desearíamos usar para defendernos de ella. Expresa en nuestra historia la ultimidad de la pregunta de Dios:

"¿qué has hecho de tu hermano?" a la cual no podemos dar respuestas penúltimas. Pero la vida de los pobres es también santa porque aparece como algo salvífico para nosotros, como oferta de salvación.

Yo creo que estas palabras no son puramente retóricas. La gran novedad que ha ocurrido para muchos de ustedes aquí y para muchos de nosotros en Centroamérica es habernos encontrado con la santidad de la vida de los pobres, con lo último y lo salvífico. Al haber tocado un poco esa vida, hemos tocado la vida de la mayor parte de la humanidad, hemos tocado la última y por ello verdadera realidad de nuestro mundo, hemos dejado de ser ciudadanos de un mundo que es la excepción, el mundo occidental, para hacernos ciudadanos del mundo real en que vivimos. Ahora nos encontramos más en la verdad, que es terrible y exigente, pero que no es ya la excepción y la mentira. Nos encontramos también con la esperanza, la creatividad y la lucha por la vida, y así nos encontramos con lo que nos ilumina y enseña, con lo que nos convierte y con lo que nos señala la dirección en la que podemos crecer como seres humanos. Nos encontramos con la tremenda exigencia a dar vida, con la exigencia del amor, pero de esta forma también con la posibilidad de vivir en el amor y, así, simplemente de vivir.

La vida amenazada de los pobres es la aparición de lo santo en este mundo. Es lo más real y lo más exigente, pero también lo más esperanzador y lo más salvador. Por esa precisa razón es también lo que puede generar verdadera solidaridad. Indudablemente, lo más importante no es denominarla con la terminología de lo "santo", sino mostrarla como realidad última, exigente e invitante. Si hemos usado esa terminología es por apelar a un lenguaje poderoso que sacuda nuestra inercia de nivelar y relativizar las realidades de nuestro mundo y para relacionar esta realidad con Dios. La hemos usado también para radicalizar el nombre que lleva su movimiento: santuario, que etimológicamente viene de "santo". Lo que hacen ustedes es buscar un lugar santo que sirva de refugio a quienes tienen su vida amenazada. Pero la santidad no se aplica en primera instancia al lugar sino a la vida que se defiende.

Según nuestra fe, los pobres son el lugar privilegiado de Dios, los que cargan con Dios y los que hacen santo cualquier lugar en que ellos están.

En la vida amenazada de los pobres nos encontramos con nuestros hermanos, nos encontramos con Dios y nos encontramos con nosotros mismos. Una vez que se ha dado ese triple encuentro, vivir no puede significar ya vivir aisladamente, vivir autónomamente como individuos. Vivir sólo puede significar ya vivir en solidaridad.

Esta solidaridad es lo más profundo que está ocurriendo en el movimiento del santuario. Pero, recordémoslo, esto ha sucedido y seguirá sucediendo en el encuentro con los pobres de este mundo, con los pueblos crucificados, en donde se nos revela Dios y se nos revela la realidad con la fuerza de la exigencia y con la fuerza de la unificación.

### **Solidaridad: dar y recibir unos de otros**

Qué es en concreto esa solidaridad de la que hemos hablado, lo han dicho varios de ustedes cuando han tenido que declarar ante un jurado. Por una parte han expresado lo que han dado: ayuda a refugiados y dar voz a los que no tienen voz. Por otra parte han confesado lo que han recibido: la esperanza, la decisión por la vida y a dar vida.

Lo que quisiera hacer a continuación es analizar un poco más en detalle cómo puede proseguir el movimiento como solidaridad. Lo que haya que hacer en concreto, es cosa que les toca a ustedes analizarlo y determinarlo. Soy consciente, además, de que santuario más que una organización es un movimiento, de que existe un pluralismo de actividades e incluso de enfoques, aunque todos converjan en el hecho básico de ofrecer refugio a los amenazados. Voy a proponer por lo tanto, sólo unos criterios que puedan guiar sus actividades concretas desde esta pregunta fundamental: qué pueden aportar ustedes a la defensa de la vida amenazada de los centroamericanos.

El primero es **la cercanía a las necesidades reales de esos pueblos.** Eso supone mantener el carisma original de su movimiento, ofrecerles ayuda y refugio aquí en

los Estados Unidos, impedir su deportación. Pero, en principio, supone también acercarse eficazmente a la tragedia de esos mismos pueblos en Centroamérica. También allí hay movimientos de desplazados, de campesinos que van a repoblar sus lugares abandonados, que buscan "santuario" en su propio país. En esto pueden ayudar ustedes, aunque éste no sea más que un ejemplo -afín a lo que hacen aquí en los Estados Unidos- de una necesidad mucho mayor. En los países centroamericanos la tragedia es muy grande, mucho mayor de lo que ustedes observan aquí en los refugiados. Allí se expresa la tragedia en toda su crueldad, en las guerras, en la violencia, en el empobrecimiento espantoso que hace cada día más difícil el hecho de sobrevivir, en la angustia que produce el no ver fin a esta tragedia. Los pueblos centroamericanos son pueblos crucificados que no ven el día de la resurrección. La necesidad, por lo tanto, de asistencia económica, social, legal y pastoral es abrumadora y va en aumento; y también la necesidad de mantener su esperanza, de no sentirse abandonado por otros pueblos. En la medida de sus posibilidades ustedes deben hacerse presentes -físicamente o trabajando desde aquí- en aliviar esta tragedia.

El segundo criterio es concebir el movimiento de santuario dentro de **un contexto estructural que produce injusticia y guerras**. Ustedes han visto aquí los rostros concretos de los refugiados, han oído de sus sufrimientos, de torturas, asesinatos, masacres. Pero todo ello son manifestaciones de realidades más profundas, de la injusticia estructural que, como dijo Medellín, es en sí misma violencia institucionalizada y produce víctimas por necesidad. La exigencia al movimiento de santuario es concebir su trabajo también como una forma de superar la injusticia estructural, compaginar la misericordia hacia los sufrimientos concretos de los refugiados con la misericordia hacia pueblos enteros, compaginar el amor personal con el amor "político", el amor hacia las mayorías. Desde este punto de vista el movimiento de santuario debe concebirse como una fuerza dentro de una gran corriente de movimientos, de organizaciones, de instituciones que trabajan por un cambio radical de estructuras en Centroamérica que permita la vida de las mayorías.

El tercer criterio se desprende del carácter norteamericano del movimiento. Como ustedes saben muy bien, muchos de los males en Centroamérica han provenido y siguen proviniendo, estructuralmente hablando, de sus propios gobiernos. Desde este punto de vista, el movimiento de santuario es **reparación obligada** de ciudadanos norteamericanos por el pecado secular de sus gobiernos. No se trata aquí de revolver heridas que todo norteamericano consciente -y muchos otros ciudadanos del mundo occidental- siente en propia carne, sino de un recordatorio que añada motivación a su trabajo y que les ayude a interpretar los sufrimientos que su propio gobierno les inflige como "expiación" por los mayores sufrimientos que su gobierno inflige a los pueblos centroamericanos.

Lo más importante, sin embargo, es que el movimiento de santuario sea también **una fuerte oposición a las políticas gubernamentales** hacia Centroamérica. Esta oposición debe ser en primer lugar desenmascaramiento de una política que sigue siendo guerrerista. Como varios de ustedes han dicho, sus gobiernos no han abandonado esa política después de Vietnam, aunque intentan presentar ahora las guerras que propicia como guerras lejanas que no afectan a los Estados Unidos, como guerras de baja intensidad que no ocasionarían males mayores e incluso como guerras limpias llevadas a cabo con respeto a los derechos humanos por gobiernos o fuerzas sociales democráticas. La verdad es muy otra. En Centroamérica hay guerras crueles y su gobierno sigue optando por soluciones militares. A ustedes les toca desenmascararlo y clamar por la paz.

También les toca proclamar una y otra vez la verdadera situación de Centroamérica, que en su conjunto no ofrece mejoría sino empeoramiento. Les toca afirmar esa triste verdad, sojuzgada porque desenmascara la falta de interés por resolver el problema centroamericano y también la incapacidad del mundo occidental de darle respuesta. Les toca presionar a su gobierno para que deje de propiciar guerra, muerte, pobreza y sometimiento y comience a propiciar paz, vida, justicia y soberanía.

Esto significa que el movimiento de santuario, sin perder sus raíces religiosas, sino precisamente a causa de ello, debe introducirse también en lo político, allí donde se decide la vida y la muerte de los centroamericanos. El Dios de la verdad es el que debe mover a hablar, y el Dios de la vida es el que debe mover a hablar en favor de la vida y en contra de la muerte de los centroamericanos.

Los criterios expuestos pretenden ubicar e historizar lo que está en el origen de su movimiento: la decisión de ustedes a ayudar, a dar de lo que tienen, por amor. Pero, como saben, al dar también reciben. Indudablemente lo que reciben es de orden distinto a lo que dan. Los refugiados, los pobres centroamericanos, no tienen, como los primeros cristianos, "oro ni plata". Pero dan lo que tienen y lo dan con gran generosidad. Caer en la cuenta de lo que recibimos es sumamente importante para evitar paternalismos o caer en la hybris de sentirnos salvadores, y es importante también para que el movimiento crezca como solidaridad.

Como ustedes mismos reconocen -y yo quisiera incluirme entre los que han recibido- lo que nos ofrecen los pobres es en primer lugar **un nuevo y verdadero sentido a nuestras vidas**, lo cual ya está predicho en nuestra fe bíblica. En los pueblos crucificados de hoy, como en el siervo de Jahvé que describe Isaías y en Jesús crucificado, hay luz (Is 42, 6; Is 49, 6) y hay salvación (Is 53, 11). Es esta una escandalosa afirmación, pero que se hace verdad día a día. Estos pueblos están más cercanos a la vida y a la muerte, más cercanos por lo tanto a la verdadera realidad de nuestro mundo; pero más cercanos también a la verdadera esperanza. Ellos nos ubican en la realidad de nuestro mundo, en su verdad y por ello son luz, y en su esperanza y por ello son salvación. Al ubicarnos en la verdad nos devuelven la dignidad perdida en un mundo de mentira y de opresión. Quizás pueda parecer cosa pequeña, pero al hacernos ciudadanos del mundo real y no ciudadanos de un mundo ficticio y pecaminoso, los pobres nos devuelven el sentido y la alegría de vivir.



En segundo lugar, los pobres nos ofrecen **acogida**. Por sorprendente que sea, nos admiten a su mesa a nosotros que, secular y estructuralmente, hemos sido sus opresores. No nos rechazan por llegar tarde o mal, sino que nos abren sus brazos. Con esta acogida nos perdonan, sin palabras, nuestros pecados, el pecado de un mundo que les da muerte. Nos descubren trágicamente que somos ciudadanos de un mundo pecador; pero, al perdonarnos, no sólo nos quitan la carga de lo que debiera ser nuestra verdadera angustia, sino que nos abren futuro, nos ofrecen posibilidad de una nueva vida. Al acogernos, nos hacen sabernos y sentirnos como hermanos y nos comunican la fuerza que da la fraternidad para mantenernos y creer en nuestro servicio a ellos.

Por último los pobres nos ayudan a **reformular la utopía** de este mundo para que sea posible como mundo humano para todos. Los pobres desenmascaran una utopía basada en el continuo progreso, en el tener más, que genera avances cuantitativos para unos pocos pero degenera cualitativamente en creciente sin sentido, en creciente división entre los pueblos, en creciente empobrecimiento del tercer mundo, en la perversión de la fraternidad, en la anulación del reino de Dios. Los pobres desenmascaran un progreso que se hace a costa de su sangre y nos ofrecen los valores de la austeridad, de la pobreza incluso, pero compartida. Nos ofrecen como utopía un mundo sencillo pero en comunión, nos ofrecen "the human way of life" en oposición al "Western way of life", que puede tener mucho de occidental, pero muy poco de vida.

**Llamado a la solidaridad: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor"**

Este movimiento de solidaridad, de dar y recibir, suena a utopía y lo es. Que pueblos distintos se relacionen no como opresores y oprimido, sino abiertos unos a otros como hermanos, es una utopía para la cual no parece haber lugar en este mundo. Pero sueños y utopías han sido siempre los que han humanizado la historia; y hay que preguntarse qué futuro le espera a este mundo si algo de

esa utopía no se hace realidad. Utopía fue el reino de Dios de Isaías y de Jesús, utopía fue el sueño de Martin Luther King, utopía fue la esperanza de Mons. Romero. Pero esas utopías son las que han mantenido a lo largo de la historia la esperanza de los pobres y las que nos han humanizado a todos.

Por todo ello es claro que el movimiento de santuario debe seguir, crecer y hacerse cada vez más activo. El movimiento es necesario como ayuda y alivio a los sufrientes de los centroamericanos y es necesario como expresión de esa utopía de la solidaridad. Es necesario mantener la utopía de nuestra fe: que Dios quiere un reino para los pobres de este mundo. Es necesario trabajar para que tenga lugar (topos) en este mundo lo que parece no tener lugar (u-topos).

La tarea, digámoslo con claridad, no es fácil. No es fácil mantenerse en la solidaridad cuando pasan los años y no se le ve fin a la tragedia y se siente la impotencia para detener guerras e injusticias. No es fácil, a veces, acertar en el trabajo que sea más eficaz. Tampoco es fácil mantenerse en la tarea cuando hay que pagar un precio, cuando los que hacen el bien son llamados subversivos, son tildados de malos ciudadanos que ponen en peligro la seguridad del país y son detenidos y condenados. Pero a todas estas dificultades nos sale al paso nuestra fe. Si aparece la oscuridad y el desánimo, oigamos al profeta Miqueas: "Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno, lo que Jahvé reclama de ti: tan sólo practicar el derecho y amar la justicia, y caminar humildemente con tu Dios" (Mi 6, 8). Si aparece la confusión y el miedo, oigamos a los primeros cristianos: "¿Puede aprobar Dios que les obedezcamos a ustedes antes que a él? Júzguenlo ustedes. Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído" (Hech 4, 19s).

Pero no todo son dificultades. Hay mucho que anima a la solidaridad, y antes que nada los mismos pueblos sufrientes. Poco antes de su martirio Mons. Romero lo expresó lapidariamente: "Que no se olvide que somos seres humanos". Ese recuerdo es ciertamente una exigencia, es un recuerdo peligroso, como peligrosa es la memoria de

los profetas y de Jesús. Pero es un recuerdo fructífero, pues la imagen de los pueblos crucificados es lo que tiene fuerza para convertirnos siempre, para volvernos a ellos y volcarnos hacia ellos. Y es un recuerdo gozoso y agradecido también, pues esos pueblos nos siguen ofreciendo salvación. Mons. Romero decía: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz". Yo quiero añadir ahora que con los pueblos centroamericanos no cuesta la solidaridad, pues ellos nos animan y empujan. Indudablemente hay muchos costos y a Mons. Romero le costó la vida, pero se recibe mucho más. La solidaridad es una obligación costosa pero es también un don gozoso. Es la forma de pasar, tal como ustedes han titulado esta celebración, de la esclavitud a la comunión.

Mis últimas palabras quieren ser, de nuevo, palabras de ánimo para que ustedes sigan activos y creativos en el movimiento de santuario. Las tomo prestadas de una de ustedes, de la hermana Darlene Nicgorsky, el día que fue hallada culpable del delito de ejercer la misericordia hacia los refugiados centroamericanos. Estoy seguro que muchos miles de centroamericanos se unirán a su exigencia y a su esperanza:

"El pueblo de Centroamérica sigue en persecución y muerte. Las miles de muertes en Guatemala y El Salvador deberían llevar a la desesperación, a la resignación y a la capitulación. Pero la esperanza vive en esos pueblos. La esperanza vive cuando la lógica dice que no debiera ser así. Nuestras hermanas y hermanos de Centroamérica nos enseñan que, a pesar de todo, la vida se hace más fuerte... El gobierno norteamericano no ha comprendido lo que nos han dado los campesinos centroamericanos: la decisión a vivir, inapagable aun en medio de la muerte... El gobierno llama al movimiento de santuario una conspiración criminal. Nosotros lo llamamos una conspiración de amor. Unanse a nosotros como co-conspiradores que buscan una paz justa en Centroamérica".